

Viva en paz

Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos.

Romanos 12:18

Dios disfruta de hacer de sus hijos instrumentos de paz y reconciliación en medio del conflicto. Seremos más eficaces en llevar a cabo esta desafiante responsabilidad si entendemos por qué la paz es tan importante para nuestro Padre celestial.

Las tres dimensiones de la paz

Dios ama la paz. Desde Génesis hasta Apocalipsis, transmite un profundo deseo de bendecir a su pueblo con la paz y de usarlo para llevar la paz a otros. Considere estos temas recurrentes:

1. La paz forma parte del carácter de Dios, porque se lo menciona frecuentemente como el “Dios de paz” (ver Romanos 15:33; 2 Corintios 13:11; Filipenses 4:9; Hebreos 13:20; ver Jueces 6:24).
2. La paz es una de las grandes bendiciones que Dios da a quienes lo siguen (ver Levítico 26:6; Números 6:24–26; Jueces 5:31; Salmos 29:11; 119:165; Proverbios 16:7; Miqueas 4:1–4; Gálatas 6:16).
3. Dios ordena repetidamente a su pueblo que busque y siga la paz (ver Salmos 34:14; Jeremías 29:7; Romanos 14:19; 1 Corintios 7:15; 2 Corintios 13:11; Colosenses 3:15; 1 Tesalonicenses 5:13; Hebreos 12:14). Él también promete bendecir a quienes lo hagan (ver Salmos 37:37; Proverbios 12:20; Mateo 5:9; Santiago 3:18).
4. Dios describe su pacto con su pueblo en términos de paz (Números 25:12; Isaías 54:10; Ezequiel 34:25; 37:26; Malaquías 2:5).
5. Dios enseñó a su pueblo a usar la palabra *paz* (en hebreo, *shalom*, y en griego, *eirene*) como una forma habitual de saludo al llegar (Jueces 6:23; 1 Samuel 16:5; Lucas 24:36) y al despedirse (1 Samuel 1:17; 2 Reyes 5:19; Lucas 7:50; 8:48). Casi todas las cartas de Nuevo Testamento comienzan o finalizan con una oración por la paz (Romanos 1:7; Gálatas 1:3; 2 Tesalonicenses 3:16).

Nada revela la preocupación de Dios por la paz más vívidamente que su decisión de enviar a su bienamado Hijo para “guiar nuestros pasos por la senda de la paz” (Lucas 1:79; ver Isaías 2:4). De principio a fin, la misión de Jesús fue de pacificación. Muchos antes de

que naciera, se le dio el título de “Príncipe de Paz” (Isaías 9:6). A lo largo de su ministerio estuvo predicando y dando paz constantemente (Juan 14:27; Efesios 2:17). Como el supremo pacificador, Jesús sacrificó su vida para que pudiésemos experimentar paz con Dios y entre nosotros, ahora y para siempre.

Hay tres dimensiones en la paz que Dios nos ofrece a través de Cristo: paz con Dios, paz entre nosotros y paz dentro de nosotros. A muchas personas les importa poco su relación con Dios y con las personas, pero igual quieren tener paz dentro de ellas. Como verá, es imposible conocer la genuina paz interior a menos que también busque la paz con Dios y con los demás.

Paz con Dios

La paz con Dios no viene automáticamente. Todos nosotros hemos pecado y nos hemos alienado de Él (Isaías 59:1, 2). En vez de vivir las vidas perfectas que se necesitan para disfrutar de comunión con Él, cada uno de nosotros tiene un historial manchado por el pecado (Romanos 3:23). Como resultado, merecemos estar separados eternamente de Dios (Romanos 6:23a). Esas son las *malas* noticias.

Las *buenas* noticias son que “tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Al sacrificarse en lugar nuestro en la cruz, Jesús ha hecho posible que tengamos paz con Dios. El apóstol Pablo escribió:

Porque a Dios le agradó habitar en él [Cristo] con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas... haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz.

Colosenses 1:19, 20

En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes.

Romanos 5:1, 2

Creer en Jesús significa más que ser bautizado, ir a la iglesia o intentar ser una buena persona. Ninguna de estas actividades pueden borrar los pecados que ya ha cometido y seguirá cometiendo a lo largo de su vida. Creer en Jesús significa, en primer lugar, reconocer que usted es un pecador y aceptar que no hay forma en que pueda ganar la aprobación de Dios a través de sus obras (Romanos 3:20; Efesios 2:8, 9). Segundo, significa creer que Jesús pagó *toda* la pena por sus pecados cuando murió en la cruz (Isaías 53:1–12; 1 Pedro 2:24, 25). En esencia, creer en Jesús significa confiar que Él intercambio los historiales con usted en el Calvario; es decir, tomó su historial pecaminoso sobre Él y lo pagó en su totalidad, dándole a usted el historial perfecto de Él, lo cual abre el camino para la paz con Dios. Al creer en Jesús, aceptar su regalo de salvación por gracia, y acercarse más a Él a través del poder de su Espíritu, el estudio de su Palabra, el privilegio de la oración y la comunión de su iglesia, la paz de Él podrá llenar cada parte de su vida.

Paz con los demás

Además de darle paz con Dios, el sacrificio de Jesús en la cruz abrió el camino para que usted disfrute de la paz con otras personas (Efesios 2:11–18). Esta paz, que generalmente se denomina “unidad” (Salmos 133:1), no es simplemente la ausencia de conflictos y luchas. La unidad es la presencia de auténtica armonía, comprensión y buena voluntad entre personas. Dios nos llama a hacer todo lo que podamos para “vivir en paz con todos” (Romanos 12:18). Esta clase de paz es el resultado directo de obedecer el segundo gran mandamiento: “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39). Como verá, esta clase de unidad es una parte esencial de un testimonio cristiano eficaz. El resto del libro está dedicado a mostrarle cómo buscar la paz con otros cuando un conflicto ha afectado sus relaciones.

Paz dentro de usted

A través de Jesús usted puede experimentar auténtica paz dentro de usted. La paz interior es una sensación de totalidad, contentamiento, tranquilidad, orden, descanso y seguridad. Si bien prácticamente todos anhelan esta clase de paz, resulta esquiva para la mayoría de las personas. La auténtica paz interior no puede obtenerse directamente mediante nuestros propios esfuerzos; es un don que Dios da sólo a quienes creen en su Hijo y obedecen sus mandamientos (1 Juan 3:21–24). En otras palabras, *la paz interior es un subproducto de la justicia*. Esta verdad se revela a lo largo de la Biblia.

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado” (Isaías 26:3, *Reina–Valera 1960*).

“El producto de la justicia será la paz; tranquilidad y seguridad perpetuas serán su fruto” (Isaías 32:17; ver Salmos 85:10; 119:165).

“Si hubieras prestado atención a mis mandamientos, tu paz habría sido como un río; tu justicia, como las olas del mar” (Isaías 48:18).

Estos pasajes demuestran por qué es imposible experimentar paz interior si uno no busca la paz con Dios y la paz con los demás. La paz interior viene sólo de estar reconciliado con Dios a través de su Hijo, recibir su justicia y el poder para resistir el pecado, y luego obedecer los mandamientos de Dios. “Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros, pues así lo ha dispuesto” (1 Juan 3:23). Por diseño de Dios, las tres dimensiones de la paz están unidas inseparablemente. Como lo expresó un autor: “La paz con Dios, la paz entre nosotros y la paz con nosotros vienen en el mismo paquete”.⁵ Por lo tanto, si usted quiere experimentar paz interior, debe confiar en su Hijo para ser reconciliado con Dios y debe buscar relaciones armoniosas con quienes lo rodean.

La reputación de Jesús depende de la unidad

La unidad es más que una clave para la paz interior. Es, también, un elemento esencial de su testimonio cristiano. Cuando la paz y la unidad caracterizan sus relaciones con otras personas, usted demuestra que es un hijo de Dios y que Él está presente y obrando en su vida (Mateo 5:9). Lo contrario también es cierto: Cuando su vida está llena de conflictos no

resueltos y relaciones rotas, tendrá poco éxito al compartir las buenas nuevas de la obra salvadora de Jesús en la cruz. Este principio se enseña repetidamente a lo largo del Nuevo Testamento.

Una de las afirmaciones más enfáticas sobre la paz y la unidad en la Biblia se encuentra en la oración de Jesús, poco antes de que fuera arrestado y llevado para ser crucificado. Luego de orar por sí mismo y por la unidad de sus discípulos (Juan 17:1–19), Jesús oró por todos quienes algún día creerían en Él. Estas palabras se aplican directamente a cada cristiano hoy:

No ruego sólo por éstos [mis discípulos]. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos, para que todos *sean uno*. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que me diste, *para que sean uno, así como nosotros somos uno*: yo en ellos y tú en mí. *Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí.*

Juan 17:20–23, énfasis agregado

Jesús hizo esta oración durante las últimas horas de su vida. Al aproximarse la muerte, el Señor se centró en un único concepto que sabía que era de importancia suprema para todos quienes creerían en Él. No oró para que sus seguidores fueran siempre felices, para que nunca sufrieran o para que sus derechos siempre fueran defendidos. *Jesús oró pidiendo que sus seguidores se llevaran bien entre sí.* Esto era tan importante para Él que decidió conectar su propia reputación y la credibilidad de su mensaje a cuán bien sus seguidores vivieran en unidad y actuaran como uno. Lea la oración una vez más y piense cuán importante es la unidad para Él. ¿Es tan importante para usted como para Él?

Se registran palabras similares en Juan 13:34, 35, donde Jesús dice a sus discípulos que nuestro testimonio público estaría vinculado estrechamente con la forma en que nos tratamos unos a otros: “Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros”.

El amor que Jesús nos ordena mostrar entre nosotros tiene poco que ver con sensaciones agradables; de hecho, nos ordena que mostremos amor aun cuando sea la última cosa del mundo que tengamos ganas de hacer (Lucas 6:27, 28). El amor que Jesús quiere que mostremos unos por otros no deja ningún lugar para el conflicto sin resolver:

El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

1 Corintios 13:4–7

El tema de la paz y unidad también ocupó una parte importante del Sermón del Monte de Jesús. Dijo: “Dichosos *los que trabajan por la paz* [los pacificadores, Reina–Valera 1960], porque serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9). Los pacificadores son un

testimonio poderoso de la presencia y la obra de Dios en nuestra vida. Cuando hacemos la paz con quienes nos han agraviado o maltratado, los demás a menudo se darán cuenta de que Dios mismo está obrando en y a través de nosotros (1 Pedro 2:12).

Más adelante en su sermón, Jesús vuelve a instar a sus seguidores a que busquen la paz y la unidad. Sabiendo que Dios juzgará severamente a todo aquel que condene o albergue ira hacia su hermano (Mateo 5:21, 22), Jesús da este mandamiento: “Por lo tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcílate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda” (vv. 23, 24).

¡La paz y la unidad son tan importantes que Jesús nos ordena buscar la reconciliación con un hermano aun por encima de la adoración! Nos enseña que no podemos amar y adorar a Dios correctamente si estamos enfrentados con otra persona y no hemos hecho todo lo que está a nuestro alcance para ser reconciliados (1 Juan 4:19–21). También nos recuerda que nuestro testimonio cristiano depende en gran manera de nuestro compromiso con la búsqueda de la paz y la reconciliación con los demás.

Todavía puedo recordar la primera vez que vi este principio demostrado. Cuando estaba en la facultad de derecho, traje una amiga a la iglesia. Cindy estaba luchando en su vida espiritual y estaba desilusionada con su iglesia. Pensando que podría beneficiarse de mi iglesia, la había invitado al culto conmigo un domingo.

Apenas nos sentamos el pastor Erbele sorprendió a todos. Pidió la atención de la congregación y pidió que uno de los ancianos pasara al frente. De pronto recordé que estos dos hombres habían tenido una discusión acalorada durante la clase de escuela dominical de la semana anterior. “¡Oh, no!”, pensé. “¡El pastor va a reprenderlo delante toda la iglesia!”. Me sentía avergonzado mientras mi pastor siguió adelante.

“Como la mayoría de ustedes saben”, dijo, “Kent y yo tuvimos una discusión durante la escuela dominical la semana pasada. Nuestras emociones se salieron de cauce y dijimos algunas cosas que deberían haberse discutido en privado”.

Mientras pensaba en la primera impresión que estaría teniendo Cindy, se me hizo un nudo en el estómago. “De todos los días para traer a una persona a la iglesia”, pensé, “¿por qué elegí éste?”. Estaba seguro de que el incidente desalentaría a Cindy y destruiría su respeto por mi pastor.

El pastor tomó a Kent por los hombros y continuó. “Queremos que sepan que nos reunimos durante esa tarde para resolver nuestras diferencias. Por la gracia de Dios llegamos a entendernos mejor, y estamos plenamente reconciliados. Pero necesitamos decirles a ustedes cuánto lamentamos haber alterado la unidad de esta comunidad, y les pedimos perdón por el mal ejemplo que dimos la semana pasada”.

Había muchos ojos con lágrimas mientras Kent hizo una declaración similar. Lamentablemente, yo estaba tan preocupado por lo que Cindy estaría pensando que no aprecié la importancia de lo que estaba ocurriendo. Le hice un comentario nervioso a Cindy y abrí el himnario en la primera canción, esperando que olvidara todo el incidente. El resto del culto quedó envuelto en una neblina, y pronto la estaba llevando de vuelta a su casa en el coche. Hablamos de cosas sin importancia durante varios minutos, pero finalmente Cindy mencionó lo que había pasado: “Todavía no puedo creer lo que hizo tu pastor esta mañana. Jamás vi a un ministro hacer algo así. ¿Podría volver la próxima semana?”.

Durante las siguientes visitas, Cindy escuchaba atentamente cuando hablaba mi pastor. Habiendo visto el poder del evangelio en la vida de él, estaba ansiosa por escuchar acerca

de la salvación y la libertad que ella podría experimentar al confiar en Jesús. En el plazo de un mes, entregó su vida a Cristo y convirtió a nuestra iglesia en su hogar espiritual.

Cuando traje a Cindy a la iglesia esa primera mañana, esperaba impresionarla con la amabilidad de mis amigos y la predicación de mi pastor. Pero Dios tiene un plan mucho más efectivo en mente. Él expuso el incómodo conflicto que había en nuestro medio y mostró que mi pastor distaba mucho de ser perfecto. Y luego, contra este fondo realista de nuestras imperfecciones, reveló su gracia demostrando el poder reconciliador de Jesucristo en medio nuestro. Al llevar a dos hombres a respirar gracia en medio del conflicto, Dios trajo a Cindy a su reino.

El enemigo de la paz

Dado que la paz y la unidad son esenciales para un testimonio cristiano eficaz, uno puede estar seguro de que hay alguien que hará todo lo que pueda para promover el conflicto y la división entre los creyentes. A Satanás, cuyo nombre significa “adversario”, no hay nada que le guste más que vernos enfrentados entre nosotros. “Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar” (1 Pedro 5:8b).

Satanás promueve el conflicto de muchas formas. Entre otras cosas, nos tienta para que cedamos a la avaricia y a la deshonestidad (Hechos 5:3), nos engaña y nos confunde (2 Timoteo 2:25, 26) y se aprovecha de la ira no resuelta (Efesios 4:26, 27). Lo que es peor, usa falsos maestros para propagar valores y filosofías que alientan el egoísmo y estimulan la polémica (1 Timoteo 4:1–3). Estas son algunas de las expresiones que reflejan normalmente las mentiras y la influencia del diablo:

“Preocúpate de ser el Número Uno”.

“Dios ayuda al que se ayuda”.

“Sin duda Dios no espera que continúe en una situación infeliz”.

“Te perdonaré, pero no olvidaré”.

“No te enojés, desquítate”.

“Me merezco algo mejor que esto”.

Satanás prefiere que no reconozcamos su papel en nuestros conflictos. Mientras veamos a las otras personas como nuestros únicos adversarios y centremos nuestros ataques en ellas, no pensaremos en cuidarnos de nuestro enemigo más poderoso. Tanto Santiago como Pedro eran conscientes de este peligro, y nos advierten que resistamos activamente las maquinaciones de Satanás (Santiago 4:7; 1 Pedro 5:9). Pablo nos da una advertencia similar, recordándonos que “nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales” (Efesios 6:12). Luego describe las armas que se necesitan para enfrentar el poder de Satanás: la verdad, la justicia, el evangelio, la fe, la Biblia y la oración.

Por supuesto, sería un grave error culpar a Satanás por todos los conflictos. Tenemos que asumir la responsabilidad por nuestros pecados y alentar a los demás a hacer lo propio. Debemos enfrentar los problemas prácticos que plantean los conflictos y desarrollar soluciones realistas. Pero también debemos ser conscientes de las metas de Satanás y cuidarnos de sus influencias. Al hacerlo, podremos evitar ser desviados de nuestros esfuerzos por restaurar y mantener la paz.⁶

Esfuércese como un gladiador

Los apóstoles entendían la importancia de la pacificación, y se daban cuenta de que Satanás hará todo lo que pueda para promover el conflicto. La profundidad de su preocupación se revela en el hecho de que *cada* carta del Nuevo Testamento contiene un orden de vivir en paz unos con otros. Por ejemplo:

- “Que el Dios que infunde aliento y perseverancia les conceda vivir juntos en armonía, conforme al ejemplo de Cristo Jesús, para que con un solo corazón y a una sola voz glorifiquen al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, acéptense mutuamente, así como Cristo los aceptó a ustedes para gloria de Dios” (Romanos 15:5–7).
- “Les suplico, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos vivan en armonía y que no haya divisiones entre ustedes, sino que se mantengan unidos en un mismo pensar y en un mismo propósito” (1 Corintios 1:10).
- “Las obras de la naturaleza pecaminosa se conocen bien:...odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia...En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz” (Gálatas 5:19–22).
- “De modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro... Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo, a la cual fueron llamados en un solo cuerpo” (Colosenses 3:13, 15).
- “Vivan en paz unos con otros.... Asegúrense de que nadie pague mal por mal” (1 Tesalonicenses 5:13b–15).⁷

La Carta de Pablo a los Efesios se centra fuertemente en la pacificación. Los primeros tres capítulos brindan una descripción gloriosa del plan de salvación de Dios. En el cuarto capítulo, Pablo comienza a explicar cómo debemos responder a lo que Cristo ha hecho por nosotros. Note cuidadosamente lo que Pablo pone al tope de la lista de aplicaciones prácticas del evangelio: “Por eso yo, que estoy preso por la causa del Señor, les ruego que vivan de una manera digna del llamamiento que han recibido, siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz” (Efesios 4:1–3). La palabra griega que se traduce “esfuércense” en este pasaje significa ‘empeñarse afanosamente, ardientemente y diligentemente’. Es una palabra que podría haber usado un entrenador de gladiadores cuando enviaba a hombres a combatir hasta la muerte en el Coliseo: “¡Hagan lo imposible por permanecer vivos hoy!”. Así también debe un cristiano agonizar por la paz y la unidad. Obviamente, los esfuerzos simbólicos y los intentos tibios de reconciliación distan mucho de lo que Pablo tenía en mente.

Pablo también muestra que unidad no significa uniformidad (Efesios 4:7–13). Nos recuerda que Dios ha bendecido ricamente a sus hijos con un amplio conjunto de dones, talentos y llamados (1 Corintios 12:12–31). Los cristianos maduros se regocijan en la diversidad que Dios ha dado a su pueblo, y se dan cuenta de que los creyentes pueden mantener diferencias de opinión legítimamente (Romanos 14:1, “contender sobre opiniones”, *Reina-Valera 1960*). Sin embargo, cuando las diferencias nos quitan la armonía y la paz, hay trabajo para hacer.

Más adelante en Efesios, Pablo usa palabras aún más fuertes para enfatizar la importancia de las relaciones armoniosas. Nos advierte que “agraviamos al Espíritu Santo” cuando participamos en “conversación obscena... amargura, ira y enojo, gritos y calumnias” (Efesios 4:29–31). Sabiendo que este tipo de conducta apena a Dios y apaga la obra del Espíritu Santo en nuestra vida, Pablo nos insta ardientemente a “ser bondadosos y compasivos unos con otros, y a perdonarse mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo” (v. 32).

Demandas legales entre creyentes

La preocupación de Dios por la paz y la unidad queda subrayado aún más por sus instrucciones sobre cómo deberían los cristianos resolver las demandas legales. Cuando Pablo se enteró de que los creyentes en Corinto se estaban demandando unos a otros en tribunales seculares, estaba consternado. Sabiendo que las demandas legales generan ira y dañan nuestro testimonio a favor de Cristo, reprendió a los corintios fuertemente:

Si alguno de ustedes tiene un pleito con otro, ¿cómo se atreve a presentar demanda ante los inconversos, en vez de acudir a los creyentes? ¿Acaso no saben que los creyentes juzgarán al mundo? Y si ustedes han de juzgar al mundo, ¿cómo no van a ser capaces de juzgar casos insignificantes? ¿No saben que aun a los ángeles los juzgaremos? ¡Cuánto más los asuntos de esta vida! Por tanto, si tienen pleitos sobre tales asuntos, ¿cómo es que nombran como jueces a los que no cuentan para nada ante la iglesia? Digo esto para que les dé vergüenza. ¿Acaso no hay entre ustedes nadie lo bastante sabio como para juzgar un pleito entre creyentes? En vez de esto, un hermano demanda a otro, ¡y esto ante los incrédulos!

En realidad, ya es una grave falla el solo hecho de que haya pleitos entre ustedes. ¿No sería mejor soportar la injusticia? ¿No sería mejor dejar que los defrauden? Lejos de eso, son ustedes los que defraudan y cometen injusticias, ¡y conste que se trata de sus hermanos!

1 Corintios 6:1–8

¡Esta es una enseñanza radical en nuestra cultura litigiosa y orientada hacia los derechos! La paz y la unidad entre cristianos son tan esenciales en nuestro testimonio para Cristo que Dios nos ordena llevar los temas legales no resueltos a la iglesia antes que a los tribunales civiles. Muchos pastores han dejado de enseñar regularmente sobre este pasaje, o creen que ya no se aplica. Peor aún, muchas iglesias ignoran deliberadamente este pasaje y no hacen nada para ayudar a sus miembros a arreglar sus disputas legales de una forma bíblica. El fracaso de la iglesia fue notado específicamente en 1982 por Warren Burger, presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos:

Una razón por la que nuestros tribunales están sobrecargados es que los estadounidenses cada vez más están volviéndose a los tribunales para resolver una variedad de problemas y ansiedades personales. Los remedios para los agravios personales que alguna vez fueron considerados responsabilidad de instituciones distintas de los tribunales ahora son afirmados denodadamente como “derechos”

legales. Se espera que los tribunales llenen el vacío causado por la declinación de la iglesia, la familia y la unidad vecinal.⁸

Hay más evidencia que la necesaria en apoyo de esta acusación contra la iglesia. En mi experiencia, menos de una iglesia entre mil en Estados Unidos está dedicada y preparada para obedecer el mandato de Dios de ayudar a sus miembros a resolver temas legales fuera de los tribunales. Cuando surgen temas legales, los líderes de la iglesia se echan atrás por la incertidumbre. Al no tener ninguna alternativa, decenas de miles de cristianos se alejan de la iglesia cada año y suben las escalinatas de los tribunales. La gran negligencia de la iglesia en cumplir con sus responsabilidades de pacificación tradicionales ha privado a los cristianos de una ayuda valiosa, ha contribuido a la congestión de nuestro sistema de tribunales y, lo que es peor, ha dañado el testimonio de la iglesia para Cristo.

Irónicamente, aun cuando los pastores en general pasan por alto 1 Corintios 6, hay muchos jueces y abogados que están llamando a la iglesia para que tomen en serio la enseñanza de Pablo. Por ejemplo, el juez asociado de la Corte Suprema Antonin Scalia hizo la siguiente observación:

Yo creo que este pasaje [1 Corintios 6:1–8] tiene algo que decir acerca de la correcta actitud cristiana hacia el litigio civil. Pablo está diciendo dos cosas: primero, dice que la mediación de un amigo mutuo, como el cura párroco, debería buscarse antes que las partes vayan corriendo a los tribunales... Creo que hoy estamos demasiado dispuestos a buscar la reivindicación o la venganza a través de procedimientos contenciosos antes que la paz a través de la mediación... Los buenos cristianos, así como son lentos para la ira, deben ser lentos para la demanda.⁹

¡Gracias a Dios que un juez de la Corte Suprema de Estados Unidos lee la Biblia! El juez Scalia nos recuerda que las instrucciones de Pablo a los corintios son tan pertinentes hoy como lo fueron dos mil años atrás. Si más pastores tuvieran el mismo respeto por este pasaje de la Biblia, ¡qué testimonio tendría la iglesia!

El mandato de llevar las disputas legales a la iglesia no es sólo pertinente sino que es sumamente práctico y beneficioso. Cuando Pablo ordenó a los cristianos que resolvieran sus disputas en la iglesia, tenía un proceso específico en mente. Jesús ya había establecido un formato que los cristianos deben seguir cuando están tratando con el pecado y el conflicto, y está registrado en Mateo 18:15–20. Este proceso, que será tratado con mayor profundidad en los capítulos 7 a 9, podrá involucrar discusiones privadas, intervención y consejos de asesores objetivos (mediadores) o sumisión a una decisión vinculante hecha a través de la iglesia (arbitraje). Este enfoque es tan sabio y eficaz que nuestro sistema legal secular lo está imitando.¹⁰

Hay muchos beneficios en resolver conflictos en la iglesia antes que en los tribunales. El litigio aumenta generalmente las tensiones y a menudo destruye relaciones. En contraste, al hacer que el evangelio se aplique a un conflicto, la iglesia puede alentar el perdón y promover la reconciliación activamente, con lo cual preserva relaciones valiosas. Además, un proceso en un tribunal normalmente no encara las causas subyacentes del conflicto. De hecho, el proceso contencioso, que alienta a las personas a centrarse en lo que ellas han hecho bien y en lo que los demás han hecho mal, a menudo deja a las partes con una visión distorsionada de la realidad. De hecho, puede llegar a arraigar las actitudes deficientes que causaron el conflicto originalmente.

En contraste, la iglesia puede apuntar a la gente a Cristo y ayudarlas a tratar con las raíces del conflicto. Una vez que los temas del pecado y la ofensa personal se resuelven, los temas legales a menudo pueden ser solucionados con poco esfuerzo adicional. A la vez, la iglesia puede ayudar a las personas a cambiar hábitos dañinos para que experimenten menos conflictos y disfruten de relaciones más saludables en el futuro.

La iglesia puede desarrollar también remedios más completos y eficaces que un tribunal. Un juez normalmente está limitado a decidir sobre compensaciones monetarias, transferencias de propiedad o hacer cumplir los contratos. Cuando una disputa se resuelve dentro de la iglesia, se alienta a las partes a trabajar juntas para desarrollar soluciones creativas que resuelvan tanto los temas materiales como espirituales. Por ejemplo, cuando una iglesia ayudó a varios hermanos a resolver una disputa relacionada con su trabajo en la granja, instó a los hombres a reunir a sus familias para comer una vez al mes y hablar de todo menos la granja. Ese consejo resultó ser sano. A medida que los lazos entre varios familiares fueron fortalecidos a través de un contacto personal más frecuente, hubo menos desacuerdos con relación a la operación de la granja familiar. Ningún juez civil habría ordenado estas reuniones ni hubiera producido este resultado.

El principal beneficio de resolver disputas a través de la iglesia es que preserva nuestro testimonio para Cristo. Este proceso impide una riña pública que deshonraría a Cristo, y alienta soluciones bíblicas y una genuina reconciliación. Estos resultados traen alabanza a Dios al mostrar el poder del evangelio: Dios realmente nos ha librado de nuestros pecados, y Él está trabajando activamente en nosotros para transformarnos según la imagen de su Hijo. Por estas razones sólo, debemos hacer todos los esfuerzos para resolver nuestras diferencias fuera de una sala de tribunal.¹¹

Resumen y aplicación

El mensaje dado por Jesús y los apóstoles es sonoramente claro: Sea que nuestros conflictos involucren irritaciones menores o temas legales de importancia, Dios está ansioso por mostrar su amor y poder a través de nosotros cuando nos esforzamos por mantener la paz y la unidad con quienes nos rodean. Por lo tanto, la pacificación no es una actividad opcional para el creyente. Si usted ha entregado su vida a Cristo, Él lo invita a tomar de su gracia y le ordena que busque la paz con los demás. Los esfuerzos simbólicos no satisfarán este mandamiento; Dios quiere que usted se esfuerce ansiosamente, diligentemente y continuamente por mantener relaciones armoniosas con quienes lo rodean. Su dependencia de Él y su obediencia a su llamado mostrarán el poder del evangelio y le permitirán disfrutar de la paz personal que Dios da a quienes lo siguen fielmente.

Si usted está actualmente involucrado en un conflicto, estas preguntas lo ayudarán a aplicar los principios presentados en este capítulo:

1. ¿Ha hecho la paz con Dios aceptando a Jesucristo como su Salvador, Señor y Rey? Si no lo ha hecho, puede hacerlo ahora mismo repitiendo esta oración sinceramente: *Jesús, sé que soy un pecador, y me doy cuenta de que mis buenas obras jamás podrían contrarrestar mis errores. Necesito tu perdón. Creo que tú moriste por mis pecados, y quiero alejarme de ellos. Confío en ti ahora para que seas mi Salvador, y con tu ayuda te seguiré como mi Señor y Rey, en la comunión de tu iglesia.*

Si usted hizo esta oración, es esencial que encuentre comunión con otros cristianos en una iglesia donde la Biblia sea enseñada y aplicada fielmente. Esta comunión lo ayudará a aprender más acerca de Dios y a ser fortalecido en su fe.

2. ¿Está usted en paz con las demás personas? Si no, ¿con quiénes está enemistado? ¿Por qué?
3. ¿Está experimentando el tipo de paz interior que desea? Si no, ¿por qué?
4. ¿Han sido afectadas la paz y la unidad de la comunidad cristiana por su disputa? ¿De qué forma?
5. ¿Qué efecto podría estar teniendo este conflicto sobre la reputación de Cristo?
6. ¿Hay alguna persona que podría tener algo contra usted? ¿Qué ha hecho usted para reconciliarse? ¿Cree que usted está libre para adorar a Dios, o necesita hacer un esfuerzo adicional para restablecer la unidad con esa persona?
7. ¿Por qué y cómo podría estar Satanás agravando esta disputa?
8. ¿Ha estado esforzándose afanosamente por resolver esta disputa o ha estado haciendo esfuerzos sólo parciales para lograr la paz?
9. ¿Ha recordado el perdón que usted tiene en Cristo y ha tomado de su gracia para resolver esta disputa, o ha estado trabajando con su propia sabiduría y fortaleza? ¿De quién dependerá de ahora en más?
10. Lea Efesios 4:29–32. ¿Está pensando, hablando o actuando de una forma que podría entristecer al Espíritu Santo?
11. ¿Está involucrado en una demanda legal? En caso afirmativo, ¿qué ha hecho para seguir 1 Corintios 6:1–8?
12. Anote en su cuaderno, delante el Señor, una oración basada en los principios aprendidos en este capítulo.